

Fernando Vallejo
Años de indulgencia

Levanten sus culos al aire, viejas del aquelarre: yo soy el Diablo. Soy y soy y soy y siempre he sido.

Sí, sí, sí, sí, soy el Diablo. Nadie puede conmigo. En mi lugar ilímite, mi vasto imperio sin medidas ni confines hago lo que se me da la gana. Mi sortilegio, mi potencia mágica, mi poder de azufre los detento. Alcaldes, gobernadores, ministros, presidentes ante mí todos se inclinan y me besan el trasero. A cambio de su sumisión reverente, de arriba abajo los cobijo con mi manto: a toda la clientela roñosa, subiendo, bajando la escalera burocrática. ¡A un lado escobas! ¡Brujas del aquelarre, arre, arre!

Por los senderos enyerbados del viejo cementerio se van mis pasos ebrios, sulfurosos. Ojos de búho y de lechuza desde los arrayanes pelones miran. ¡Qué! ¿No me conocen? ¿Qué me ven? Ven mis cuernos en el claro de la luna. Ah...

Bubo bubo, búho bufo, búho bujo, búho bújaro, color rojo y negro calzado de plumas, de pico corto y ojos grandes, eres el búho real, el búho huraño, mi constante amigo, mi doliente hermano, criatura de la noche, bubónica prueba de la existencia de Dios, ¿digo mal?

—Este... Es que... No sé cómo explicarme... Es que yo ya no soy yo, ni soy la masa ni la levadura: soy el presidente Barco, un exabrupto.

—Cállate imbécil: en este cementerio no habla nadie, sólo yo, sólo se oye mi voz: ¡Uuuu! ¡Uuuu! ¿Oyes? ¿Me oyes? Soy el que digo, el que ves, soy la noche que ulula.

Tácita, impávida, la lechuza mira, escucha. Sus grandes ojos brillantes de iris amarillo me interrogan, escrutan la oscuridad:

—¿Puedo hablar?

—Habla, bruja.

—Grrrrr.

Grazna, gruñe, dice y alza el vuelo y se va. Se va con su vuelo torpe y pesado, con su cola ancha y corta, con sus garras de uñas negras y sus plumas amarillas, pintas de gris y negro aquí y allá, y blanco de nieve en el pecho y vientre y patas y cara, cara circular como hoy la luna, luna redonda con acompañamiento de vuelos y nubes desflecadas: un murciélago pasa enfrente y con su aleteo la borra.

Humildemente, fervientemente, devotamente, con devoción encorvada voy recogiendo hojas, tallos, flores, raíces: el eneldo, la manzanilla, la hierbabuena, la mejorana, yerbas buenas para la mala leche que me llevo a mi casa a mixturarlas.

—¿Qué tanto haces, madre?

Infusiones: lo que ves. ¿Un té de tila, niña, para los espasmos de la barriga? Esas contracciones rabiosas, hija, niña, puta, te las provoca lo que tienes dentro, de ojos de brasa iracundos y garras negras: el hijo de Sa-

tanás. Pero sigo por lo pronto en lo que estaba: por lo pronto, en tanto llega la Santa Inquisición a ver qué dispone...

—Grrrrr.

Grazna la lechuza y su vuelo retardado va a la zaga de su graznido lógobre, lúgubre, que rasgando las desgarraduras de la noche me devuelve el eco. Un ratón llevo en el pico, en mi pico corto, corvo, ensangrentado. Llevo, traigo, porque vuelvo al arrayán sin hojas a posarme en sus desnudas ramas, brazos abiertos en cruz desde donde todo lo domino.

—Grrrrr.

Gravita en torno a mí la noche ciega. De súbito, penetrando hasta el fondo de su sueño mi llamado se despierta un monje graso, pingüe, mantecoso. Salta a encender un candil.

—¿Qué fue? ¿Qué pasó?

Sacado en pelota de sus sueños lujuriosos, a chorros le corre el sudor por la cara y lo baña: a él que nunca se baña. Nada ve en su celda escueta. Afuera el invierno pelón, prisión de hielo.

¿Con qué Judas soñabas, monje equívoco? ¿Con qué manos, con qué nuca, con qué torso de mancebo? Dime a ver... Tu sinuosa, inicua lengua crapulosa, ¿a qué huecos prohibidos se metía? ¿Tras de qué sabores desconocidos andabas? Rodando por la pendiente suave, voluptuosa, protegido en la cerrazón de tu conciencia del ojo escrutador, de la Santa Inquisición, ¿eh? Monje turbio, monje obeso no te engañes, no te duermas: tus desviaciones mundanales, tus paraísos terrenales, todo, todo con la afilada punta de mi perspicacia lo penetro. En el patio voy a alzar una hoguera.

En torno al claro helado de la luna, tinieblas compactas. Disturbándolas, agitándolas en torbellinos de sombras surge mi vuelo negro de alas anchas que todo lo abarcan. Soy yo, mi alma, un murciélago. Paso el claro de la luna y la noche me traga.

Que sea Consuelo de los Afligidos, vaya, y Reina de los Ángeles y de los Patriarcas... Pero, ¿Casa de Oro? ¿Una mujer? Y si es Casa de Oro, ¿cómo va a ser Torre de Marfil y Arca de la Alianza? ¿Todo eso junto a la vez? ¿Un fenómeno! Por eso, cuando dice en coro el convento «Turris Eburnea», en coro responde el aquelarre:

—¡Jua, jua, jua, jua!

Y Regina Angelorum, Regina Patriarcharum, Consolatrix Afflictorum:

—Jua, jua, jua, jua. Jua, jua, jua, jua. Jua, jua, jua, jua.

Mi voz, mis voces, mis múltiples voces de acentos varios, suaves, ásperos, confusos, engañosos. Espíritu cambiante, escurridizo, inasible en mi camuflaje de sombras. Levanta la corteza del árbol y lee en silencio mi nombre: «Eliphás Levi Del». C'est moi, le diable.

He venido hasta la zona infranqueable a desenterrar al difunto. Siglos hace que se murió. Siglos en que dieron cuenta de él los gusanos: de él y sus ambiciones y sus ilusiones, y miren lo que han dejado: polvo y huesos, que voy poniendo en tierra mientras estupefacto me ves. Ves la revelación, la profanación, el tiempo vuelto polvo, polvo de muerte y olvido. E indicando con el dedo voy formando el que fui: ahí los ojos que de asombro en asombro tanto vieron; y ahí los la-

bios, que musitaron plegarias, que se volvieron blasfemias; y ahí encerrado en la prisión del pecho mi corazón tumultuoso; y ahí en el cráneo hueco, sinuoso laberinto de ásperas aristas donde un día resonó el mundo, como un trazo arqueológico las viejas rutas desiertas de los pensamientos, de los sentimientos. Y tus amores, ¿eh? Idos, perdidos. Virgencita azul de las flores de mayo, te voy a hacer un altar, un altar de huesos: de huesos fosforescentes que alumbren tus noches con luz propia. De ahí la causa y fin de todos mis desvelos. Virgencita del desencanto, ruega por mí.

No en la piedra monolítica que los presurosos siglos desgastarán y desaparecerán: en mi palabra hecha de viento. En mí perdurarás, Colombia. Tus ríos, tus montañas, tus volcanes, tus furias criminales... Pobre niña ciega, Colombia, paloma. Ya tus ríos se secaron, tus montañas se desmoronaron, tus volcanes se apagaron y no queda a quien matar.

Pero anoten la inefable receta: lengua de gato, ancas de rana, tripas de rata, aguijón de avispa, pinzas de cangrejo, veneno de serpiente, ponzoña de alacrán. Ajos, hiel, vinagre, azufre, y ojitos tiernos, dulces, azulitos, verdecitos de Niño Jesús. Ah, y lleva también sangre de zopilote coagulada. Se pone todo junto, el conjunto, al sereno, a marinar en la noche, y si hay luna, luna, y si no, mejor. A que lo compenetren las tinieblas. ¿Anotaron bien monjitas, hermanitas? Gangosas voces se arrastran, latines monjiles, conventuales. Me voy. Mis negras alas de noche se sacuden las sombras removiendo el tiempo.

¡Ah! ¿Te vas? Entonces vuelvo a lo mío. Da capo, al segno. En la gran tradición de la alta magia una bru-

ja experta y competente jamás utiliza las hierbas insulsas que dijiste arriba, bruja incipiente, pendeja, de tu banal receta. Ni el espliego ni el tomillo ni la salvia ni la malva ni el romero ni la albahaca ni el orégano ni las hojas de laurel. ¡Eso es rastrojo, m'hija, basura! ¡Si no es primera comunión! Yo preparo el Electuario Satánico con el enantolo, el pentafilo, el beleño, la belladona, el muérdago, la mandrágora, la mariguana. Lleva también sus pepitas de girasol, sus ramitas de chopo, sus raicitas de eléboro, su zumo de pastinaca. Tallitos de lupino fresco (que no hay que confundir con la luparia o matalobos, el aconitum lycoctonum, que sirve para otra cosa), hojas de scabiosa succusa y bufotenia, sacada de sapos. También le pongo éter sulfúreo, cardamomo de Malabar, áloe sucotrino, sangre menstrual, murciélagos pulverizados, pasta de odios y extracto de rencores. En leche de loba hirviendo o euphorbium, y en el orden dicho, se ponen en cocción los elementos: pero a la medianoche de un martes de fin de mes con luna llena, luna de octubre, luna de Scorpio cuando divagan más los locos. El plenilunio es esencial y si el orden no se respeta el efecto se revierte. Stevenote de Audebert, bruja ella e hija de bruja y muy competente también, también le pone dizque estramonio y cólquico, pero para mí son sutilezas.

En cuanto al pentafilo, príncipe de la farmacopea diabólica, es el mismo de la pomada levitante que lleva: manteca de niño hervida en agua sulfurosa, extracto de opio, solanum somniferum, raíz de eléboro, flores de cáñamo, flores de adormidera, mirra, un falo. El único problema de estas recetas es que hay que saber

botánica y del calendario lunar, y pedirle esto a las brujas de ahora es pensar en lo excusado. ¿No sé de una que confunde la clematis vitalba o uña del diablo con la hierba de San Juan? La hierba de San Juan, m'hijita, es el hypericum o expulsadiablos, que como su nombre lo indica sirve para exorcismos, no para lo contrario que es lo que quieres, para convocar a Satanás. Para que tu Señor te visite y te deje de regalo su simiente te untas con la clematis y trazas con carbón un círculo y en el círculo un cuadrado y en el cuadrado un triángulo y te metes dentro, y hablando en pluralidad ficticia, como obispo, lo invocas así: «¡Oh Lucifer resplandeciente, oh gran Lucífugo, deja tu morada y ven a hablarnos! Con esperanza y firmeza te evocamos, y con plena aceptación y pleno conocimiento y perfecta ciencia y conciencia renunciamos a la propia fe y te ofrecemos el alma». Luego, cuando se te aparezca, le pides lo que quieras: satisfacciones secretas, placeres sin cuento, bebidas incendiantes, desaforadas comilonas, manjares, postres, desenfrenos, coñac, té o café.

Untada una, en fin, con la pomada levitante una vuela mejor, sin necesidad de escoba o palo de horca. Entonces, con las greñas revueltas, ondeando, en pelota, me remonto a la región. Strega soy, Striga, que vuelo en el aire y destripo niños e impulsada por fuerzas ignotas, sin reflejarme en espejo, jamás seguida de mi sombra, voy por el vasto mundo en busca de acción. Una tetilla accesoria llevo bajo la axila derecha, que me sirve para amamantar a mis familias, criaturas tales como ratas, ranas, sapos, zarigüeyas, y en víbora, rana o sapo me transmuto cuando quiero, o en una